



El abogado donostiarra José María Mendiola, premio Nadal 1962, es director de la «Operación M-1», de exportación, y especialista en problemas comerciales.



El Ritz barcelonés, resulta pequeño todos los años el día de Reyes: La del Nadal es una fiesta de multitudes, con «suspense», obsequios y sorteos.

NADAL, 1962

JOSE MARIA MENDIOLA:

DONOSTIARRA, 33 AÑOS,
DIRECTOR DE LA
"OPERACION M-1"

"MUERTE POR FUSILAMIENTO"
ES UNA NOVELA CEREBRAL

BARCELONA, 6 de enero. Hotel Ritz, una de la madrugada. Ante «mil» comensales —la cifra puede que sea más real que simbólica— se acaba de fallar el premio «Eugenio Nadal» de 1962, ese mismo premio que reveló figuras como Carmen Laforet y Rafael Sánchez Ferlosio, por poner sólo dos ejemplos. Ante esos comensales, Federico Gallo está entrevistando a José María Mendiola. Falta sólo una votación, lo que quiere decir que solamente quedan dos novelas: «El crimen», de Manuel Barrios, y «Muerte por fusilamiento», de Mendiola. La primera tiene 6 votos; la segunda se ha mantenido con 7, desde el principio. Todo hace pensar que el ganador va a ser Mendiola.

Los locutores de radio y televisión, los fotógrafos y periodistas, le asedian. Mendiola —un guipuzcoano delgado, de mediana estatura; tiene

treinta y tres años y está muy nervioso— dice que todavía es prematuro, que hay que esperar a la última votación.

—Pero ser finalista del Nadal es ya algo, ¿no?

El dice que no, que quiere el premio. Hace tres años quedó el sexto en este mismo concurso. Tiene el premio «Ciudad de San Sebastián» y quedó finalista en el «Café Gijón», de novela corta. Hasta ahora no ha publicado nada.

Al lado de Mendiola, en medio de este barullo impresionante, donde un flash se dispara detrás de otro y todas las preguntas se formulan a la vez, está su mujer. Es joven, delgada. Responde con menos nerviosismo —quizá aparentemente— que él a las preguntas.

—Estamos casados desde hace año y medio. Tenemos una niña de seis meses.

A Mendiola se le ha apagado el cigarrillo y pide fuego. Es la tercera vez que le dan



Ante el micrófono de Soler Serrano y siendo testigo el alcalde señor Porcioles, se enfrentan el «veterano» y el recién llegado: Camilo José Cela y José María Mendiola. Agudeza, ingenio, emoción, sonrisas, disparos de flash y un barullo impresionante. He aquí el resultado: un nuevo nombre ha entrado en la gran tómbola de las letras.

fuego en menos de cinco minutos.

—Soy el director de la «Operación M-1», de exportación de metales. Me queda muy poco tiempo para leer y escribir.

Sin embargo, «Muerte por fusilamiento», que tiene una extensión de 400 folios, ha sido escrita en treinta días.

—¿De qué trata su novela? Mendiola se queda perplejo. Realmente debe ser una papeleta tener que explicar el tema de una novela de 400 folios en un momento como éste.

La acción está situada en un país de Sudamérica, que sufre un régimen dictatorial. En la novela se relata el atentado que derriba esa dictadura.

Mendiola, por motivos profesionales, ha estado en varios países de Sudamérica.

—La novela —me dirá más tarde el crítico Rafael Vázquez Zamora, secretario del Jurado— es, sin embargo, más cerebral que pintoresca.

Más preguntas. Los fotógrafos, muchos de ellos subidos en sillas para poder retratarle mejor, le dicen que se ponga así o así. De pronto, llega el rumor, confirmado a los pocos segundos, de que Mendiola ha obtenido, efectivamente, el premio «Nadal». Mendiola se vuelve hacia su esposa y le da un gran abrazo, y los fotógrafos les hacen abrazarse otra vez, porque una foto así vale la pena. Hay un caluroso aplauso para el autor premiado. Viene Vázquez Zamora y lee ante los micrófonos el fallo definitivo. Nuevos aplausos. Nuevas preguntas. Nuevos disparos de flash. A Mendiola y a Cela, que ha venido para asistir al fallo y dar una conferencia, les hacen una entrevista al alimón para la radio. Hace mucho calor. El humo de los cigarrillos es una niebla espesa. Hay mucha gente y mucho barullo. Cuando me dirijo a la salida, abriéndome paso como

puedo, oigo decir a una encoquetada dama:

—Hija, yo vengo por mi Juan, pero a mí estas cenas literarias me aburren soberanamente.

Pienso que estas noches del «Nadal» también tienen una novela, una novela a la manera de otra que se ha presentado este año, y que consiste en mostrarnos las veinticuatro horas de un cine haciendo intervenir a todos los personajes —a casi todos, claro— que entran en él, desde las mujeres que hacen la limpieza por la mañana hasta los últimos espectadores que abandonan el local.

—Te lo pongo como ejemplo —me ha dicho Vázquez Zamora— del tipo de novela más generalizada últimamente entre los concursantes: una novela multitudinaria.

—¿Cuántas obras ha habido este año?

—Ciento cuarenta. Son de

destacar dos cosas: una notable afluencia de novelas en las que se emplean las nuevas técnicas objetivas y una disminución enorme de concursantes femeninos.

Salgo a la calle y respiro a pleno pulmón el aire de la noche, de una apacible noche catalana, en la que todas las tiendas aparecen profusamente iluminadas y en la que no queda ya ni rastro de esa nieve que sumergió a la ciudad en unas Navidades blancas, esa nieve de la que todos me hablan aquí como de un fenómeno nunca visto. Bien, se ha fallado un nuevo premio «Nadal». Hace el número 19. No sabemos cómo será la novela. Hasta ahora se han premiado obras francamente buenas y otras que no lo eran. Pero, en cualquier caso, lo cierto es que el «Nadal» sigue siendo uno de los premios más prestigiosos y más codiciados en nuestro momento literario.—R. D.